

Ser pobre no es una elección, ayudar sí

Son las 8 de la mañana y suena mi despertador. Qué pereza levantarse con el frío que hace fuera. Una ducha rápida, un desayuno y rápidamente a trabajar al centro de salud de Senkata. Ya hay una tremenda cola de "cholitas" con sus hijos para recoger la ficha que te dará derecho a una consulta.

Mi primera paciente de hoy es una niña de dos añitos con una desnutrición grave. Cuando miro a su madre me encuentro con una chica de 20 años con otras 3 criaturas, le explico el problema de su hija y me comprende a medias (su formación es mínima). Cuando hablamos de la alimentación de su hija el problema se va agravando. Ella trabaja en el mercado todo el día y las niñas se quedan a cargo de la mayor que tan solo tiene 7 añitos, tiene un marido que la maltrata y está de nuevo embarazada. Una nueva situación en la que me siento impotente, ¿cómo ayudar? La escucho y aconsejo, la derivo a un centro de malos tratos con la mínima esperanza de que acuda y la vuelvo a citar para verla en 15 días.

Paciente a paciente las historias van pasando por mi consulta, operaciones que no se puede realizar por falta de plata, embarazos de jóvenes, desnutrición, niños muy enfermos por falta de tiempo o de educación para llevarles al médico, enfermedades mágicas, malos tratos... Y termino la consulta con ese sabor agri dulce, las terribles realidades vistas pero con la sensación de haber podido acompañar a toda esta gente, de haber aportado mi pequeño grano de arena para ir terminando con todas estas injusticias.

De nuevo a coger la movilidad para ir hacia la asociación "Movida Bolivia", hoy hace un tremendo frío y para variar llueve de nuevo. Llego ya mojada pero la ruta por la calle no la suspendo por nada, así que recojo mi maletín y a Nora (mi ayudante) y a pesar del tremendo aguacero salimos a buscar a nuestros "chicos de la calle".

Cruzamos la autopista para llegar debajo del puente, allí nos esperan Claudia, Pablo, María, Reynaldo y unos 8 chicos más. Empezamos con la atención, curamos heridas, damos tratamientos y sobre todo charlamos. Me cuentan la última paliza de la policía, el tremendo frío y lo mal que lo pasan con la lluvia; alguno de los nuevos me cuenta su historia de vida, malos tratos, echado de casa una noche cualquiera porque no se lleva bien con su nuevo papá. Tantas historias oídas y aún así las lágrimas recorren muchas veces mis mejillas al oír las de nuevo. Pasar frío, hambre, compartir sus lágrimas, todo eso te marca; pero sobre todo marca el inmenso amor que estos chicos han sido capaces de darme. Ladrones y asesinos para muchos, para mí son mis chicos, mis queridos chicos.

Llegamos al albergue, ahí están los pequeños, niños de 8 a 14 años que viven en la calle. Empiezo la consulta y los peques se agolpan en la puerta, muchos dolores inventados tan solo por unos 5 minutos de mimos y atenciones; abrazos y cosquillas corren por esta mi pequeña consulta, hacerles sonreír tiene más valor que curarles ese catarro. Y hablo con ellos para que se internen en nuestras granjas; Riddet acepta mi oferta, el día ya vale el doble sólo por conseguir esto.

Son las 10 de la noche y camino a casa. Pienso en las diferencias de vida que hay, pienso en mi vida rodeada de cariño y oportunidades y en la de estos chicos, y veo que éste es nuestro gran trabajo. Hasta que no nazcamos todas y todos con las mismas oportunidades este mundo no será justo. Llego a casa y ahí está la comunidad, esperándome con un plato de comida caliente y con ese cariño que te hace, a pesar de lo duro que haya sido el día, seguir adelante. Son las 11 y caigo rendida en la cama, con una frase en mi cabeza que me dijo alguien por aquí: " Ser pobre no es una elección, ayudar sí". ¿Qué piensas hacer tú?

Olga Varela, médico de Valladolid, cooperante en El Alto (Valladolid, 2008)

